

LAS CRÓNICAS PARISIENSES

DE

SAINTE-BEUVE

Es cosa sabida que estas crónicas eran notas que Sainte-Beuve enviaba con gran secreto á la *Revista Suiza*. M. Jules Troubat, en un excelente prólogo, ha explicado el mecanismo de estos envíos.

Mientras reunimos los datos suficientes para juzgar al gran crítico, empezaremos por hacer constar que aparece ante todo como una inteligencia muy amplia, escudriñadora, aficionada á saborear la esencia de las cosas. Mantiénese siempre en un feliz equilibrio, muestra horror por los extremos y las exageraciones, y le fastidian las explosiones de los temperamentos demasiado violentos. Hoy día, los que amamos la realidad, nos vemos frecuentemente sorprendidos por las ideas que

Sainte-Beuve vierte en algunas de sus páginas formulando en ellas los principios del método experimental que nosotros practicamos. Pero á las pocas líneas nos encontramos desorientados, desilusionados al observar que Sainte-Beuve falsea sus afirmaciones como si sus propias ideas le inspirasen miedo. Evidentemente, el escritor no dice todo lo que piensa el hombre; de aquí la vaguedad que se observa.

Sus crónicas parisienses prueban estos hechos. En París se veía encadenado por todo género de obstáculos, y le agradaba tener un sitio donde exponer libremente su pensamiento verdadero. Enviaba, por lo tanto, sus notas á la *Revista Suiza*, notas sobre las cuales el director de esta Revista ha escrito una serie de artículos muy interesantes que constituyen una verdadera correspondencia. El medio no es, á mi juicio, muy noble, porque quizá entraña una traición censurable. Todo proviene de la opinión que Sainte-Beuve tenía de la crítica y de su propia misión. La consideraba como un cargo público, y la ejercía como un magistrado con patente oficial. De aquí su idea de que no pueden decirse aque-

llas verdades que pueden ser brutales ó de mal gusto. Creía un deber usar todo género de consideraciones extraliterarias, y nunca se apreciaba en él la verdad exacta, sino una verdad adaptada á las circunstancias del momento. Si se pretende conocer su verdadero pensamiento, es necesario leer entre líneas y conocer muy á fondo la materia que trata, para ir restableciendo los hechos por sus discretas alusiones. Es, en verdad, una máquina muy divertida, pero muy complicada.

Podría hacerse un estudio muy necesario con este título « De la misión de la crítica y de su empleo. » Creo, en suma, que una franqueza absoluta es más sana que todas estas meticolosidades. Es preferible matar á un hombre de un solo golpe, que irle quitando la vida á alfilerazos. Sé muy bien que con este sistema brutal de decirlo todo, la vida social se hace muy difícil. Pero la mentira no es por eso más moral. Respecto á Sainte-Beuve, hay que decir que no es cortés y delicado sólo por prudencia, sino también por naturaleza.

Volviendo á las *Crónicas parisienses*, no constituyen al fin y al cabo documentos muy terribles. Ignoro si el editor ha quitado las co-

sas demasiado duras; pero me sorprende que Sainte-Beuve se haya creído obligado á emitir ciertos juicios.

De ellas se desprende su deserción del campo romántico, sus críticas contra Hugo, á quien incensaba la víspera, y su antipatía instintiva hacia Balzac; pero estas son tendencias suyas ya conocidas. No hay duda que debía atemorizarle la verdad, cuando necesitaba ir á Suiza para decir cosas tan sencillas. Lo que me llama la atención es, que al siguiente día de poner en escena los *Burgraves*, Sainte-Beuve expresa sobre el teatro las mismas ideas que yo defiendo, y que aun hoy día parecen revolucionarias. Ahora haré algunas citas. He aquí lo que Sainte-Beuve dice de los *Burgraves*, y debemos advertir que no los había visto representar. « Dicen que es hermoso, pero sobre todo solemne, escribe Janin; lo que en buen francés quiere decir aburrido. Se escucha, pero sin agrado. El mismo Janin, que en los *Debates* se ve obligado á ensalzarlo, decía en alta voz á quien quería oírle: « Si yo fuese ministro del Interior, daría la cruz de Honor al primero que silbase. » En efecto: habría sido un valiente. Más adelante, escribe

este párrafo con graciosa malignidad: « Los *Burgraves* no han alcanzado un éxito, aunque lo aseguren los revisteros. Tres veces se llenó la sala de amigos; la cuarta y la quinta dieron una silba tan terrible, que se vieron obligados á bajar el telón. Desde entonces, las representaciones son siempre más ó menos tempestuosas. Los periódicos adictos á Hugo, dicen que este hecho es incalificable y que existe no sé qué cábala. Nada más fácil de calificar. Silban, y Hugo, no admitiendo la palabra, dice delante de los actores: « perturban mi obra »; los actores que son burlones, desde aquel día dicen *perturbar* en lugar de *silbar*. Esperamos que *Judith*, ó cualquiera otra obra, obtendrá éxito y no la perturbarán. Esta palabra es curiosa, viniendo de la escuela del lenguaje pulcro. »

En suma: Sainte-Beuve saludó la *Lucrecia* de Ponsard como una protesta contra la escuela romántica. Le fué manifiestamente simpática, aunque no la proclamó como obra maestra. Hasta creo que no se engañaba sobre el valor verdadero de la obra; le pareció sencillamente una buena máquina de guerra, de la que se aprovechaba.

Ved aquí el párrafo que me ha llamado más la atención: «Decididamente, la escuela toca á su fin (la escuela romántica), es necesario *intentar otra*; el público no se despertará sino con algo nuevo, imprevisto. Se me figura que ha de ser del teatro donde parta el golpe, y que en medio de nuestra anarquía de allí ha de salir el 18 Brumario de la literatura. El teatro, refugio invocado por el arte moderno, es también entre nosotros el que menos ha producido, dando un mentís á todas las esperanzas, porque ¡cuánto admirable é infructuoso preparativo desde hace veinte años!

»Traducciones de teatros extranjeros, análisis y explicaciones críticas, ensayos y muestras de dramas, de todo se ha escrito; *Barriadas*, *Estados de Blois*, *Clara Gazul*, *Veladas de Neuilly*, dramas de M. Remusat, prólogos modernos.

»*Cromwell*, y después ¿qué más? *Hernani*, después nada; un pesado letargo. Dumas se malgasta, De Vigay en vano se esfuerza, y Hugo decae. Mucho queda que hacer para el teatro, y también hay que traducir, ante un público cansado que se despertará, las gran-

des ideas modernas concebidas desde hace cincuenta años.»

Notad que esto se ha escrito en Abril de 1843, hace treinta y seis años; pues bien, esto mismo digo yo hoy día. Siu embargo, ha ocurrido una cosa que Sainte-Beuve no había previsto. El despertar que esperaba para el teatro ha venido para la novela. Balzac, Balzac, de quien nunca comprendió el poder, es el que ha traído el 18 Brumario literario de que él habla. De manera que hoy la situación del teatro es casi casi la misma; siempre se espera el golpe de gracia que nos sacará de nuestra anarquía; solamente es evidente que el teatro no saldrá de su atolladero hasta que siga á la novela por el camino naturalista que ha emprendido. Sainte-Beuve establece la situación, pero no prevé nada. Los hechos demuestran en estos momentos que la fuerza del siglo está en Balzac y en sus imitadores, los que, á mi modo de ver, conquistarán muy pronto el teatro.

Al final del volumen, Sainte-Beuve se lamenta todavía por el aborto dramático de su época. No ve claramente la razón del hundimiento, pero consigna el desastre. Según él,

se pudo concebir esperanzas con *Hernani*: «Al principio de 1830, dice, *Hernani* trajo movimiento y como vislumbre de próxima esperanza; era extraño; no tenía exactitud histórica, era más que humano y bastante sobrenatural, pero en fin, tenía luz, poesía, novedad y audacia.» Sólo que esta esperanza se perdió muy pronto, lo que siguió á *Hernani*, las obras que la escuela romántica produjo en seguida, le molestan y le hacen exclamar así: «La falsedad histórica, la ausencia de estudio en los caracteres, la exageración en los sentimientos y la furia de las pasiones, esto es lo que ha estallado y se ha desbordado; se había creído facilitar el camino y dar paso á una armada caballeresca, audaz, pero civilizada, y ha sido una invasión de bárbaros.»

Desde entonces, Sainte-Beuve pierde la pista; ya no sabe á dónde se camina, ya no se atreve á predecir nada. La labor intelectual del siglo se le oscurece por completo. Ni siquiera comprende que si el romanticismo se hunde tan pronto, es porque están en él las causas inmediatas de su hundimiento. Tampoco conoce que el esfuerzo de 1830 es simplemente un grito de desahogo, que el verdade-

ro hombre del siglo es Balzac, que el romanticismo, en una palabra, es el período inicial y revuelto del naturalismo; de aquí sus complejidades sobre la época dramática. Habla de todo esto como aficionado, pero sin adelantar la menor idea que haga prever la evolución literaria que se ha llevado á efecto en la novela y que se llevará en el teatro.

Además, según mi parecer, un crítico que no ha comprendido á Balzac, puede ser un analizador muy sutil, tener una inteligencia clarísima, pero seguramente no es un espíritu superior que presiente todo el alcance de su siglo. Bien sé que en este caso existía antipatía de naturaleza, pero aun no estimando ni al hombre ni á su obra, pudo adivinar la influencia decisiva que Balzac iba á ejercer sobre la segunda mitad de su siglo.

Oíd cómo habla de Balzac al ocuparse del éxito que Eugenio Sué acababa de obtener con *Los Misterios de París*: «Lo mejor de este triunfo (el triunfo de Eugenio Sué) es que esto despeja el terreno y simplifica. ¡Balzac y Federico Soulié, quedad relegados! Balzac arruinado, y más que arruinado, ha marchado á San Petersburgo, haciendo decir en los perió-

dicos que sólo iba allá por motivos de salud, y que estaba decidido á no escribir nada desde Rusia.»

¿Puede esto tolerarse hoy día? ; *Los Misterios de París* postergando las obras de Balzac ; Eugenio Sué y Federico Soulié puestos en parangón con el autor de la *Comedia humana*!

He aquí una de esas necias apreciaciones en las que sólo un crítico de cortos alcances puede incurrir. Cuando no se ve más claro el trabajo y el mérito de un escritor, se duda de la solidez del juicio emitido, y se pierde de un golpe todos los derechos que se pueden tener para dar fallos definitivos.

Aún he de hacer otra cita: «La novela de Balzac, *Modesta Mignon*, está dedicada á una extranjera, hija de tierra esclava, ángel por el amor, demonio por la imaginación, etc., etc.

¿Se ha visto jamás semejante galimatías? ¿Por qué no fustiga el ridículo á tales escritores, y por qué razón un periódico que se estima en algo le abre sus columnas?... Esta novela de Balzac se anunció hace algunos días en los *Debates*, en una carta del autor, lo más afectada, lo más confusa y lo más ridícula que pueda leerse; todo esto con el objeto de

atraer al público. Los que insertan tales necesidades, se burlan indudablemente de ellas, pero creen que hay que servir al público lo que pide.»

Con esto, el crítico cree que está cumplida su misión. Se detiene ante el giro romántico de una dedicatoria, y no penetra la verdadera fuerza de Balzac, cuyo sistema naturalista va á imponerse. Da su juicio de retórico exasperado, no se eleva al papel de analista dueño de sí propio, que indaga el mérito de un escritor. La pasión le cegaba. El temperamento exuberante de Balzac le ponía fuera de toda justicia. Aun en los últimos días de su vida le extrañaba la influencia decisiva de Stendhal y de Balzac sobre la novela francesa, y ha muerto sin querer comprender.

Para mí es un hecho que define claramente la figura de Sainte-Beuve. Era como uno de esos nobles del antiguo régimen, los que, después de haber adoptado las ideas de la revolución, rehusaron ir hasta el fin, profundamente turbados, sin comprender lo más insignificante. Aplicaba en la crítica su sistema científico, sino que su naturaleza de hombre antiguo se rebelaba cuando veía que este sistema lo

llevaban á la novela con violencia revolucionaria. De aquí las contradicciones de una crítica que quería abarcarlo todo, y que después de haber dado la luz sobre mil puntos secundarios se obstinaba en no querer comprender.

HECTOR BERLIOZ

Acabo de leer un libro que me ha emocionado profundamente; *La Correspondencia inédita*, de Hector Berlioz. No trato de hablar de música, sería incompetente; quiero ponerme bajo un punto de vista particular; estudiar en Berlioz solamente el genio, tanto tiempo no comprendido, exasperado por una lucha continua, rechazado y silbado en Francia cuando se le aclamaba en el extranjero, triunfando sólo por la muerte después de haber arrastrado durante seis años la agonía de la suprema caída de *Los Troyanos*.

Además, mi trabajo será sencillo, limitándome á hacer algunas citas. He aquí la verdad de los hechos.

En un excelente artículo biográfico de mon-